



Gabriel
Trujillo Muñoz

Diccionario
de ideas sueltas y
pensamientos mundanos



BONILLA
ARREGAS
EDITORES



IMPERIAL
VALLEY
COLLEGE

ASTERISCO  12

**Diccionario
de ideas sueltas y
pensamientos mundanos**

Trujillo Muñoz, Gabriel
Diccionario de ideas sueltas y pensamientos mundanos / Gabriel Trujillo
Muñoz. -- Ciudad de México : Bonilla Artigas Editores, 2023

200 pp. ; 14 x 21 cm. -- (Asterisco ;
12) ISBN 9786078838486 (impreso)
ISBN 9786078838509 (ePub)
ISBN 9786078838493 (pdf)

1. Retórica -- Diccionarios -- Español. I. t.

LC: PN172 T
DEWEY: 808 T

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de los legítimos titulares de los derechos.

Primera edición: 2023

D. R. © 2023, Gabriel Trujillo Muñoz

D. R. © 2023, Bonilla Distribución y Edición S. A. de C. V.
Hermenegildo Galeana 111, Barrio del Niño Jesús,
Tlalpan, 14080, Ciudad de México
editorial@bonillaartigaseditores.com.mx
www.bonillaartigaseditores.com

ISBN: 978-607-8838-48-6 (impreso)
ISBN: 978-607-8838-50-9 (ePub)
ISBN: 978-607-8838-49-3 (pdf)

Coordinación editorial: Bonilla Artigas Editores
Maquetación de interiores: D.C.G. Saúl Marcos Castillejos
Diseño de portada: D.C.G. Jocelyn G. Medina

Impreso y hecho en México

Diccionario de ideas sueltas y pensamientos mundanos

Gabriel Trujillo Muñoz



**BONILLA
ARTIGAS**
EDITORES



IVC IMPERIAL
VALLEY
COLLEGE

Reclamemos nuestras palabras
John Berger

Contenido

Presentación	11		
A	13	N	122
B	26	O	132
C	32	P	138
D	53	Q	153
E	61	R	155
F	73	S	169
G	81	T	177
H	85	U	184
I	91	V	186
J	97	W	192
K	99	X	193
L	100	Y	194
M	110	Z	195

Presentación

El Diccionario de ideas sueltas y pensamientos mundanos toma la estructura de los diccionarios clásicos y de los textos reunidos en la Enciclopedia francesa, para utilizarla como basamento de una obra de creación contemporánea, donde conviven por igual la disertación, la crónica, el ensayo, la fábula, el aforismo, el diario, la poesía en prosa, la autobiografía y la ficción pura. Recuento de estados de ánimo antes que de eruditas disertaciones, donde lo serio y lo jocoso pueden convivir sin aspavientos.

Éste es un texto que expresa una visión personal de aquellas palabras que son importantes o vitales para su autor. Por ello, este diccionario no pretende abarcarlo todo, sino que busca el feliz accidente de la imaginación para nominar el mundo desde sus intereses y gozos, desde sus críticas e interpretaciones. No es un texto de definiciones – aunque las hay si se le busca –, sino de aproximaciones, de tentativas, de acercamientos, de metáforas incluso. Crónica de viaje a partir de las palabras hacia el mundo de los signos que brillan en la cartografía del saber, en el mapa de lo conceptual. Cúmulo de ideas y pensamientos a título personal que intentan ofrecer un boceto del mundo que vivimos, de la realidad que somos en sus inquietudes y paradojas.

Obra abierta, como lo pedía Umberto Eco, que juega con los significados sin dejar de proporcionar análisis y conocimientos por demás subjetivos de los temas que toca, de las inferencias que alienta o de las incertidumbres que augura.

Gabriel Trujillo Muñoz, 2022



Abadía. Oculta por la niebla, desde sus ruinas la abadía es un tesoro evanescente, un recinto hecho con jirones de nostalgia, con harapos de miedo. De noche sólo el viento la recorre con sus fantasmas al acecho. Visítala cuando puedas, cuando el sueño te lleve a sus tumbas de espanto, a sus pasillos donde el silencio es un corazón de ceniza, una mano de aire esperando su limosna de vida, su reconocimiento.

Abanico. En su revoloteo, el abanico parece a punto de emprender el vuelo, de saltar de la mano que lo empuña al cielo que reclama su presencia.

Abominable. Adjetivo que antes sólo era usado para describir al hombre de las nieves. Ahora se utiliza para calificar desde un crimen ecológico hasta un vestido mal diseñado.

Aborigen. El que llegó antes que tú a esta tierra. Al que le quitaste sus derechos de propiedad porque no contaba con documentos que los probaran. El que no se subió al tren del progreso porque el único asiento disponible era el de explotado. El que no quiso hacer nego-

cios contigo porque tu negocio era el del exterminio. El representante del pasado. El que sólo se le saluda en los festejos cívicos. Su estatua decora tu escritorio.

Abracadabra. Lo he intentado, pero la roca no se mueve. ¿Alguien conoce un mejor encantamiento?

Abrazo. Antes era una señal de amistad cuando llegabas de viaje. Hoy es un procedimiento de registro si pasas por cualquier aduana.

Abrelatas. Crítico despiadado del arte pop.

Abrigo. En cada libro un abrigo encuentras. En sus páginas siempre hay santuario para el perseguido, refugio para el disidente.

Academias de la lengua. Las academias de la lengua nacen para fijar el idioma, para sacarlo a la luz y verlo en sus transformaciones, en su riqueza o en sus carencias, época tras época. Al principio a los académicos no les gustaban las innovaciones, los cambios, las palabras sin parentesco aparente, las voces provenientes de otras culturas. Eso de la pureza es cosa del pasado: hoy sabemos que el español no es cosa inmóvil, no está inscrito en granito. No es uno solo sino muchos españoles: el que se mezcla en Chicago como en Chiapas, ya sea que tome palabras o significados del inglés o de las lenguas indígenas. Lo que importa es que ese español, el que hablan los mexicanos en nuestro país y en el mundo, siga siendo parte de una tradición, que no olvide sus orígenes, que se enorgullezca de pertenecer al árbol frondoso del español que es riqueza de todos los que lo hablamos, de todos los que lo utilizamos para comunicarnos en este siglo XXI, en esta aldea global que nunca se queda en paz. La lengua, para decirlo metafóricamente, es como una olla en ebullición en donde se mezclan palabras arcaicas o en decadencia con vocablos nuevos, con extranjerismos y neologismos de toda clase y de variada procedencia. Hoy la lengua castellana, el idioma español, cambia frente a nuestros ojos y muestra, ante otros idiomas y culturas, su reciedumbre, su fortaleza. Perfeccionar un idioma no es hacerlo perfecto: es hacerlo entendible para todos. Ésa es nuestra labor de comienzo a fin. Ésa es la tarea de las academias de la lengua: darle cimientos firmes al español y, a su vez, darle espacio para crecer y evolucionar. Ampliar sus resonancias en el mundo de hoy. O como dijera un cómico: ni tan tan ni muy muy.

Accidente. Lo imprevisto. Lo que sucede sin que uno lo espere. El accidente, por lo general, está unido a la desgracia, al pánico, al colapso. Punto de ruptura. Cambio de rumbo.

Acertijo. El conocimiento del mundo se construye acertijo por acertijo, pregunta a pregunta. A veces sabes la respuesta. A veces nunca la descubres.

Acomodo. Todo cabe en un diccionario sabiéndolo acomodar.

Acordeón. Por el ruido que hace parece tener cólicos permanentes. Entre más lo aprietas más se queja. Entre más lo arrullas mejor suena.

Acto de imaginación. La facultad de ver historias donde sólo hay paisaje, de narrar lo que no se vivió como un testigo auténtico.

Actores. En el escenario son inofensivos. En la vida real son un peligro. Nunca sabes qué personaje representan. En realidad, ni ellos mismos lo saben. Su máscara es su rostro verdadero, su auténtica persona.

Acueducto. Sólo quedan las piedras en pie. Su agua es polvo, ramas, hojas marchitas. La perentoria sequedad bajo un sol intacto.

Admiración. Sin reconocer el trabajo de los demás, las rutas que abrieron, los estilos que impusieron, los mundos que crearon, ¿cómo puedes decirte escritor?

Adolescencia. Ese periodo en la vida humana entre jugar a los soldaditos y llegar a ser uno de ellos, entre jugar a las muñecas y salir embarazada, entre amar a tus padres y no poder soportarlos.

Aduana. Te preguntan quién eres, a dónde vas, cuál es el motivo de tu viaje. Les contestas, como Ulises, que eres nadie, que vas al otro lado, que el viaje es suficiente motivo. A pesar de sus miradas desconfiadas te dejan pasar.

Aerolito. Siempre hay uno en nuestro futuro. Tarde o temprano dará en el blanco.

Aficionado. El que ama tanto una actividad que termina convertido en un experto en la misma.

Aglomeraciones. Donde hay multitudes hay manadas, hay jaurías.

Agonizante. El que se aferra a ti, el que te mira a los ojos, el que suplica.

Agua. Ésa que tan poco cuidas y tanta falta nos hace. Ésa que ves pasar, que desperdicias. La que escurre por tus manos, la que bendice tus labios.

Águila. De niño, el loco de la esquina sobaba una moneda de plata que siempre llevaba consigo. Al grabado del águila apenas le quedaba la serpiente en el pico. “Ya ni se distingue”, le decíamos. “Como la patria”, nos contestaba.

Aguja. Me gusta su filo, su capacidad de reparar lo irreparable, de coser lo que está roto. Los camellos le sacan la vuelta. Los ricos la odian.

Aire. En el silencio, tras la ventana, siempre está esperando su momento. Sustancia que cimbra el cielo con su anuncio. Ojo alerta a las tormentas del otoño, a los remolinos del verano. Como asmático que fui, todas las noches de niño me faltaba.

Aislamiento. Una manera de escapar de la sociedad para observarla de lejos, para entenderla mejor por puro antagonismo. Desde los profetas del desierto, aislarse para hallar la voz propia en el silencio, la sintaxis adecuada para expresar lo que eres sin las distracciones de la multitud, sin las presiones del presente. Hoy a este alejamiento voluntario se le añade el aislamiento por salud pública. Lo que era una práctica cultural minoritaria hoy es una conducta colectiva para sobrevivir a la pandemia. Un acto de común acuerdo para vivir cada quien en su propia lejanía. Ermitaños del desastre sin más consuelo que la esperanza de abrazarnos pronto, de convivir entre todos de nueva cuenta.

Alambre de púas. Divide sin ocultar al que no quieres en tu casa. Es un muro que respira. Un objeto que daña por el simple hecho de mirarlo. Si lo tocas te rasga, te lastima.

Álbum de estampitas. Ya la tengo, ya, ya, no, no, ya...

Aldea. Lo contrario de corte. Sitio modesto donde las cosas son como son y no como se presentan en sociedad. La aldea es un infierno grande, un horno de rivalidades y chismorreos. El microcosmos del universo limitado a unas cuantas familias. Ideal para ubicar en ella novelas románticas y dramas de violencia. Juan Rulfo fue el mejor narrador de la mentalidad de aldea: fisgona, prepotente, tozuda, patriarcal. A veces es pura piedra. A veces sólo es zopilotes volando.

Alfonso. Nos es tan cercano que no necesitamos decir su apellido. Rey de reyes, don Alfonso es palabra mayor de nuestra literatura.

Piedra miliar de tantos caminos abiertos, de tantas rutas por seguir. Muchos lo creen sólo un ensayista de tiempos anacrónicos cuando es, sobre todo, un escritor de todos los géneros: narrador y poeta, pensador y filósofo, cronista y biógrafo. Don Alfonso es guía de campo por la cultura helénica lo mismo que por las tradiciones prehispánicas de nuestra América Latina. Paseante a la Fernando Pessoa, con él contamos con un relator de la vida en sus claroscuros y congojas. Huérfano de padre desde joven, nunca lo fue en relación a la literatura, donde tuvo ascendientes tan reconocidos como Luis de Góngora y Julio Verne, sólo para nombrar a los más contrastantes. Vivió para hacer amigo y recordar sin menoscabos sus años de infancia en el norte mexicano. Lo leemos aún ahora porque su obra es eterna en sus descubrimientos y hallazgos. A todas luces sus libros siguen siendo pródigos prodigios, exaltada lectura, fuente de vivencias que nos marcan con su bonhomía, que nos insuflan ánimo con su generosidad.

Alquimia. Proceso para crear magia. La literatura, por ejemplo, es alquimia textual, mezcla de poderes que crean la piedra filosofal, la trama infinita, el ojo múltiple.

Alta traición. Título del famoso poema de José Emilio Pacheco (1939-2014), en que éste dice que no ama a su patria, México, por los símbolos cívicos que se enseñan en las escuelas, sino por ciertas gentes, lugares y recuerdos que siempre lleva consigo. Más que traición, lo que Pacheco reclama es que cada mexicano debe encontrar, a pesar de las indignidades, cobardías y traiciones que padecemos, los motivos más íntimos, las causas más personales para amar a una patria que se nos desmorona entre los dedos, para querer a un México que nos hiere, nos duele y nos agobia de continuo. En mi caso yo amo a mi país por sus planicies desérticas, por su gente que nunca se da por vencida, por su sol duro, feroz, invencible. Y tú, mexicano, mexicana, ¿por qué lo amas?

Alteros. De libros. Son torres de Babel que no desisten en crecer, en subir a las alturas, en alcanzar el techo. Urbes en precario equilibrio. Metrópolis donde el cosmos reside.

Amanecer. Entre más oscura es la noche, más vívida es la claridad que llega tras ella, más resplandeciente es su presencia. El amanecer fue

para mí, de niño, la prueba de que había logrado vencer el asma nocturna. La sensación de que todo iba a estar mejor.

Ambigú. Sin el ambigú, ¿quién se pararía en las presentaciones de libros, en las conferencias de literatura, en los congresos académicos?

Amenaza. En mi país nadie te amenaza: sólo te advierten. Como bondadosos verdugos que se preocupan por tu salud. Como perros que ladran antes de morderte.

América. Continente que se interpone entre Europa y Asia. Alguna vez perteneció a los americanos, luego pasó a manos de los europeos y más tarde, fue propiedad de los estadounidenses. Ahora pertenece a China.

Amnistía. Perdón pactado en aras del bien común, de la convivencia pacífica. La amnistía no es un olvido: es cuando los participantes de un conflicto se ponen de acuerdo, a pesar del pasado que comparten desde distintas trincheras, para salvaguardar el futuro que anhelan, el porvenir de su propio país.

Amor. Como el oxígeno, el amor es imprescindible. Como la vida, es fortuito. Como la verdad, cuenta con mil interpretaciones. Como la ficción, es nudo antes que desenlace. Como el sol, a la vez ciega e ilumina, pero siempre es fiebre, es delirio, es revelación.

Amuleto. El que nos cuida de todo mal. Una idea de salvación desde el niño que somos.

Anarquistas. Los anarquistas que yo admiro no llevaban capuchas ni escondían el rostro. Los anarquistas a los que me refiero avanzaban por los campos de batalla del siglo XX bajo la bandera rojinegra que decía: “Tierra y libertad”. No conocían la discriminación racial ni las fronteras nacionales. Cantaban al combatir por toda la humanidad. Eran individualistas irredentos que no concebían la masa anónima ni el líder único. Eran seres libres en tiempos de esclavitud. Cuando a Ricardo Flores Magón, uno de estos anarquistas, se le pidió gobernar a México en 1911, respondió: “Busquen a otro. Yo no nací para verdugo”.

Andar a tientas. Forma de actuar de los personajes con los que nos identificamos, ese corazón ciego que hace pulsar la narrativa, que la hace avanzar de evento en evento, de episodio en episodio, hasta llegar a su destino, cualquiera que éste sea, como una sorpresa, como una revelación.

Ángel. Hay para todos los gustos. Unos mantienen el orden para que nadie se meta al paraíso sin pasaporte de por medio. Otros les informan a las mujeres vírgenes que están embarazadas. Muchos de ellos husmean en los rascacielos los pensamientos humanos. Hay los corre-ve-y-dile, chismosos como pocos. La mayoría de los ángeles responden al molde de las burocracias divinas: sólo crean trámites infinitos para que nada cambie, para que nadie logre su cometido.

Ánima. Bajo las sábanas respira. En el cuarto de la muerte es la luz que flota mecida por su propia incandescencia. Criatura sutil o parásito afortunado, en su presencia el mundo brilla de otra manera, hace menos escándalo.

Anónimo. El bravucón que no dirá ni pío si supieran quién es. El comentarista de todo que no le gusta que lo contradigan. El expositor de teorías imposibles de comprobar. El que dice la última palabra en Internet. El aspirante a dictador que tiene un gran problema: hay millones como él.

Antagonismo. Deporte de moda. Se practica a diario. Todos contra todos.

Antepasados. Tuve un tío que fue sacerdote y le gustaba escribir largas homilías. Tuve un abuelo que era el comerciante del pueblo. Tuve otro abuelo que fue espía. Tuve tíos ganaderos, militares y abogados. Muchos fueron sabios a su manera. Muchos murieron jóvenes. Todos llevaron la vida que quisieron. Hoy son la turbia luz que me alimenta.

Antigüedad. Para el siglo XXI, es todo objeto que tenga más de una temporada de haber sido hecho, lo que estuvo de moda hace un mes, el video de la semana pasada.

Antología. A veces a los historiadores y a los críticos les da por expurgar el pasado lejano o reciente para definir quién sobrevive y quién no, en una determinada disciplina artística, a la criba del tiempo. Las antologías son vehículos perfectos para ese juego infantil de ver a qué creador se rescata y a cuál se manda al limbo de los autores olvidados. Como el encargado de la guillotina durante la Revolución francesa, al antologador le encanta cortar cabezas. Y si son de famosos o privilegiados, qué mejor. Al final de cuentas, una antología implica ofrecer de una selva exuberante un jardín perfectamente